

Iritzia

Behatokia

POR
Joaquín
Arriola



La pobreza de la ambición

Frente a la precariedad y la esclavitud por deudas, hay quien se atreve a proponer otra mirada a la realidad, que no se inscribe en la rentabilidad individual del hombre racional capitalista

ALLÁ por 2008 o 2009, cuando la brutalidad de la crisis en todos los países desarrollados generó un tremendo desasosiego político, se abrió una ventana hacia otros mundos posibles. En la derecha se llegó a hablar de refundar el capitalismo. Un poco menos a la derecha, se comenzó a aplicar una economía del bien común. Y más a la izquierda parecía renacer de sus cenizas soviéticas el alba de un nuevo socialismo.

Ese resquicio de incertidumbre y posibilidades fue rápidamente clausurado. Al buscar los gobiernos consejo en los mismos dirigentes corporativos que habían provocado el caos financiero, estos aprovecharon para minimizar los riesgos personales (penales) y económicos (para sus intereses), proponiendo una nueva dosis masiva de las viejas recetas del liberalismo corporativo de los años 20 y 80 del siglo pasado.

Tras retomar el control de la situación las fuerzas predominantes en el mercado financiarizado, se esfumaron las posibilidades de una acción colectiva capaz de cambiar el orden de las cosas, que es como decir el sentido de la vida en común. La pobreza de la ambición se instaló en el espacio público; volver a la situación anterior a la crisis sustituye el horizonte silencioso de las actuaciones en marcha. Pero con algunas modificaciones de calado; una reducción sustan-

cial de la calidad de vida y de trabajo para la mayoría de la población, como condición para garantizar una mayor apropiación de recursos materiales y simbólicos para una reducida minoría; de sociedades inclusivas para el 80% y de exclusión para el otro 20%, se han diseñado los cambios estructurales necesarios para establecer en Europa sociedades de garantía de acumulación y enriquecimiento para un 20%, a costa de la exclusión y riesgo para el 40% y de la precariedad para otro 40%. Bajo la monserga de la competitividad y la flexibilidad laboral, se vende un modelo sostenible para una minoría de control, en el que la democracia es cada vez más disfuncional a una buena gestión de la cosa pública: a los chinos ya no les compramos solo los teléfonos, las zapatillas y los bolsos de imitación; ahora les emulamos en el modelo social.

Hay quienes pretenden disfrazar el deterioro de la responsabilidad social del Estado con una quimérica responsabilidad social corporativa, burda operación de propaganda, que no llega a ocultar la primacía artificial del beneficio sobre el trabajo, que en el lenguaje prosopopéyico a la moda se traduce como tranquilizar a los mercados, esos nuevos dioses que, como los antiguos, solo se calman con sacrificios humanos, pero ahora más sabios; en lugar de la muerte súbita, prefieren el desgaste lento de las víctimas en el altar de la precariedad y la esclavitud por deudas, del vivir para trabajar, sin posibilidad de trabajar para vivir o de vivir trabajando.

En una modernidad sin futuro, el eterno presente se ha inscrito en el discurso como el final de la historia. Y es ahí donde la Iglesia católica, una institución que tan mal llevó siempre sus relaciones con la modernidad, quizá por esa desconfianza histórica hacia el liberalismo, se atreve a proponer una mirada distinta a la realidad, que no se inscribe en la rentabilidad individual del hombre racional capitalista, sino que parte de la fundamentación de la estructuración social en la compasión, una racionalidad distinta, no determinada por el momento histórico.

Ya en 1980, el Papa Juan Pablo II insistía, en puertas de la gran victoria cultural del capitalismo neoliberal y contra la civilización unilateral que esta anunciaba, que el trabajo es siempre causa eficiente primaria, y el capital mera causa instrumental. La inversión de esta verdad esencial en el orden social vigente es una anástrofe social que lleva a afirmar que el crecimiento (producto del trabajo) es condición previa para la crea-

ción de empleo; o a contemplar la propiedad privada no como resultado histórico de la apropiación de lo que en algún momento pasado era común, sino como derecho jurídico supremo que condiciona toda decisión colectiva; o a sustituir la creencia en el dios de la religión por la creencia en la mano invisible del mercado, y denominar a la sociedad regida por este principio, sociedad laica.

O a ver la pobreza como una situación natural de unas personas que puede ser aliviada con la acción individual o colectiva de otras personas que no son pobres porque son propietarias. Este argumento, que se difunde como imperativo categórico bajo el nombre de solidaridad, es cuestionado por el nuevo Papa católico Francisco, al afirmar que la solidaridad no es un imperativo ético de las personas, sino una causa moral de restitución: "La solidaridad debe vivirse como la decisión de devolverle al pobre lo que le corresponde". Francisco recuerda en su exhortación *Evangelii Gaudium* que la solidaridad "es mucho más que algunos actos esporádicos de generosidad (...). Supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los

bienes por parte de algunos. La solidaridad es una reacción espontánea de quien reconoce la función social de la propiedad y el destino universal de los bienes como realidades anteriores a la propiedad privada".

Una perspectiva que se abre de nuevo a un mundo diferente y que ahora retoma la propia iglesia local en Bizkaia, buscando la implicación de la sociedad en considerar que sí se puede vivir de otra manera y ver de otra manera la propia realidad cotidiana. Si las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas reconocían que un 64% de los católicos españoles consideran que reciben menos de las administraciones de lo que pagan en impuestos (67% entre los no católicos) y solo un 14% afirma estar totalmente de acuerdo en pagar más impuestos a cambio de más y mejores servicios (21% entre los no católicos), los católicos de Bizkaia insisten en la necesidad de una fiscalidad que retome como objetivo la redistribución del ingreso —algo que se abandonó en los años 70—, y una ética fiscal que combine el compromiso de los ciudadanos que pagan con la transparencia de quien administra lo cobrado en beneficio de toda la población. Un compromiso que pasa por revisar al interior de la propia institución la práctica fiscal que se lleva a cabo.

Con su campaña *Todo en común*, también reclama la iglesia vizcaína superar lo que denomina "la cultura de la propiedad" y el individualismo de la indiferencia", mediante la consideración de los bienes y recursos privados y públicos (salario, trabajo, ahorros, rentas, propiedades o tiempo) sobre todo desde su dimensión social, su orientación general al bien común. Esto se debería traducir en un impulso a las iniciativas sociales de producción y de consumo responsable, que permita pasar de la lógica de la competencia a la lógica de la colaboración en la asignación de los recursos para producir y los obtenidos del propio trabajo de los seres humanos, así como un ahorro consciente de las inversiones en que este se traduce.

Una iniciativa que apuntala la verdad material, social, tal cual es y no como se construye en el relato oficial, elaborado a base de intereses y propiedades, que se desvela como mito ante cualquier mirada lúcida, tal como plantea Jean Luc Godard al inicio de su película *Film Socialisme*:

—El dinero es un bien común.
—Como el agua.
—Así es.

* Profesor titular de Economía Aplicada UPV/EHU

La democracia es cada vez más disfuncional a una buena gestión de la cosa pública: a los chinos ya no les compramos solo los teléfonos, las zapatillas y los bolsos de imitación; ahora les emulamos en el modelo social

Albia | Nuestra Señora de Begoña
servicios funerarios

900 24 24 20

Bilbao, Teñería, 32	Tel: 94 445 35 58	Zumalaia, Santiago Auzoa, 25	Tel: 94 396 15 56
Durangaldea, Pol. Padureteta, UAL 3	Tel: 94 620 40 81	Mutriku, San Agustín, 15	Tel: 94 360 47 78
Zornotza, Pol. Biarritz, s/g	Tel: 94 630 19 44	Eibar, Txaloba Zelai, 4-6	Tel: 94 330 10 95
Ermua	Tel: 94 317 69 84	Donostia, Maria Dolores Aguirre, 96	Tel: 94 332 26 33

A tu lado.
Para tu tranquilidad.

www.albia.es